

pies de estatura y los reinados de treinta mil años de duración, y geografía donde hay mares de manteca.

»No falta experiencia que nos sirva de guía. La historia nos presenta varios casos análogos, y todos nos ofrecen la misma enseñanza. Hay en los tiempos modernos, para no ir más lejos, dos ejemplos memorables de un gran impulso dado al espíritu de toda una sociedad, destruyendo preocupaciones, difundiendo el saber, depurando los gustos, implantando las artes y las ciencias en países que habían sido recientemente ignorantes y bárbaros.

»El primer ejemplo á que me refiero es el gran renacimiento de las letras en las naciones occidentales á fines del siglo xv y principios del xvi. En esa época casi todo lo que era digno de leerse se contenía en los escritos de los antiguos griegos y romanos. Si nuestros antepasados hubiesen procedido como ha procedido hasta aquí el Comité de Instrucción pública, si hubiesen hecho caso omiso de la lengua de Cicerón y de Tácito, si hubiesen concretado su atención á los antiguos dialectos de nuestra isla, si no hubiesen impreso ni enseñado en las Universidades más que crónicas en anglo-sajón y ficciones poéticas en franco-normando, ¿hubiera sido Inglaterra lo que es ahora? Lo que fueron el griego y el latín para los contemporáneos de More y de Ascham, lo es nuestra lengua para el pueblo de la India. La literatura de Inglaterra es ahora más valiosa que la de la antigüedad clásica. Dudo si la literatura sánscrita es tan valiosa como la de nuestros ascendientes sajones y normandos. En algunas esferas—en historia, v. gr.—estoy seguro de que vale mucho menos.

»Otro ejemplo puede decirse que está aún delante de nuestros ojos. Dentro de los ciento veinte años úl-

timos, una nación, que se hallaba en estado tan bárbaro como el de nuestros ascendientes antes de las cruzadas, ha salido de la ignorancia en que estaba sumida y tomado puesto entre las naciones civilizadas. Hablo de Rusia. Hay ahora en ese país una clase educada, que abunda en personas idóneas para servir al Estado en las funciones supremas, y en manera alguna inferiores á los hombres más capaces que son ornato de los mejores círculos de París y de Londres. Hay motivos para creer que ese vasto imperio, que en la época de nuestros abuelos estaba probablemente por debajo del Penjab, en la época de nuestros nietos seguirá muy de cerca á Francia y á Bretaña en la senda del progreso. ¿Y cómo se efectuó este cambio? No lisonjeando preocupaciones nacionales, no alimentando el espíritu de los jóvenes moscovitas con consejos á que prestaban crédito sus rudos padres, no llenándoles la cabeza de leyendas quiméricas sobre San Nicolás, no estimulándoles á estudiar la gran cuestión de si el mundo fué ó no creado en 13 de Septiembre, no llamándolos «nacionales instruidos» cuando han dominado todos esos puntos del saber, sino enseñándoles aquellas lenguas extranjeras en que se ha atesorado la mayor riqueza de conocimientos, y poniendo así á su alcance esa riqueza. Las lenguas de la Europa occidental han civilizado á Rusia. Yo no dudo que ellas harán por el indo lo que han hecho por el tártaro.»

Este dictamen, tan largo como un artículo de Revista trimestral, y tan ceñido al asunto como un informe de la comisión regia, decidió la cuestión de una vez para siempre. El 7 de Marzo de 1835 lord Guillermo Bentinck declaraba que «el gran objetivo del gobierno británico debía ser difundir la literatura

y la ciencia europeas entre los indigenas de la India». Dos de los orientalistas se retiraron del Comité de Instrucción pública; se nombraron otros varios miembros, ingleses é indigenas, y Macaulay entró de lleno en las funciones de presidente con una energia y asiduidad que, tratándose de él, era prueba infalible de que la obra llenaba sus deseos.

El puesto no era una prebenda. Educar un país como la India era una empresa árdua donde todo estaba por hacer; y los medios de que disponía Macaulay para esa empresa eran completamente insuficientes. No existía aún nada que se asemejase á un personal organizado. No había inspectores de escuelas. No había escuelas normales de maestros. No había juntas de personas peritas. Toda la organización se reducía á juntas voluntarias locales en correspondencia directa con la superior de Calcuta. Macaulay, colocándose á la altura de las necesidades, emprendió la obra de la organización con tanto celo como tacto. «Apenas se hubiese esperado en él (dice un crítico competente) el espíritu conciliador que demuestra para entenderse con colegas y subordinados irritables y el gran sentido práctico con que desbroza el terreno ó corta los nudos de los problemas locales.» El valor que un hombre concede á sus empresas se mide generalmente por el dominio que ejerce sobre sí y por la paciencia que despliega en sus relaciones con los demás. Si juzgamos á Macaulay con arreglo á este criterio, es evidente que en la obra de dotar á nuestro imperio oriental de medios de educación demostró mucho más interés que el que manifestó nunca en conservar su puesto en el Parlamento ó trabajar por su medro en Downing Street. En sus innumerables dictámenes, así cuando toca los princi-

pios más elevados como cuando habla de pormenores infimos, jamás se le ve ceder al influjo de manías ó susceptibilidades; y siempre estaba dispuesto á complacer á cualquier persona que se hiciese útil y á aceptar todo concurso que pudiera ser beneficioso.

»Me parece muy probable que quepa censurar á Mr. Nicholls, porque rara vez he conocido una contienda en que no sean de censurar ambas partes. Pero no veo ninguna prueba que lo acredite. Ni veo ninguna prueba de que Mr. Nicholls tenga supeditado á su albedrío al comité local. El comité local parece haber procedido intachablemente, y yo no puedo avenirme á tratarle de la manera recomendada por Mr. Sutherland. Si nombramos al coronel miembro de dicho cuerpo, hacemos á este último objeto de una censura muy severa. Yo desapruero la indicación de llevar militares al comité como un freno para los hombres civiles. Hasta aquí nunca han venido á alterarnos, que yo sepa, tan vanos recelos. Yo nombraría á los hombre más competentes sin curarme de la rama del servicio á que pertenecen ni de si pertenecen á ninguna (1).»

Se opusieron reparos contra un pretendiente al magisterio, alegando que había sido predicador con marcada tendencia al proselitismo.

«Mr. \*\*\* parece tan poco preocupado del proselitismo que no sabe siquiera cómo se escribe la palabra— cosa que, á no suponer que ha sido un *lapsus* de pluma, me parecería una objeción más seria que el «Re-

(1) Este y los siguientes pasajes están tomados de un tomo de *Dictámenes* de Macaulay, «entresacados ahora por primera vez de los archivos del Departamento de Instrucción pública», por H. Woodrow, Esq., miembro del Parlamento, Inspector de escuelas en Calcuta y antiguo *Fellow* de Caius College, Cambridge. La colección se publicó en la India.

verando» antepuesto en otra época á su nombre.—Yo estoy completamente satisfecho de las seguridades que da.»

A falta de cosa mejor, Macaulay optaba siempre por utilizar los instrumentos que tenía á mano. Aunque partidario celoso y consecuente del nombramiento por exámenes comparativos, siempre que había campo para la competencia, no era esclavo pedante de una teoría. Dada la penuria de maestros, característica de toda organización incipiente de enseñanza, se negó á rechazar un candidato que «equivocó á Argos con Corinto», y apoyó las pretensiones de cualquier aspirante de buena reputación que sabía «leer, escribir y hacer buena suma».

«Acéptese sin vacilar el presente del rey de Audh, aunque de seguro jamás se han visto mapas más detestables. Cualquiera creería que las rentas de Audh y los tesoros de Saadut Ali habrían podido costear una obra mejor que un mapa donde la isla de Sicilia aparece unida al extremo de Italia, y donde una isla oriental tan importante como la de Java no aparece de ningún modo.»

«En cuanto á la influencia corruptora del zenana (1), de que habla Mr. Trevelyan, puedo deplorarla; pero no puedo menos de pensar que la disolución de los lazos entre padres é hijos es un mal moral tan grande como el que pueda encontrarse en cualquier zenana. Toda escuela de niños que relaja más ó menos esos lazos hace un mal. Por mi parte, preferiría oír á un niño de tres años tartamudear todas las palabras malas de la lengua á saber que carecía de todo afecto doméstico, que su carácter sería el que debe

(1) La parte de la casa destinada á las mujeres.—(N. DEL T.)

esperarse en quien ha tenido la desgracia de tener en vez de madre un maestro de escuela.»

«No veo la razón para señalar ningún límite en punto á la edad de los escolares. Los fenómenos son exactamente los mismos que se han registrado siempre que ha empezado á adquirir boga un nuevo modo de educación. Ahora ningún hombre de cincuenta años aprende el griego con chicos; pero en el siglo XVI no era raro, ni mucho menos, ver respetables doctores en teología asistir á una clase con estudiantes jóvenes.»

«Respecto á hacer de las bibliotecas de nuestros colegios bibliotecas circulantes, hay mucho que decir. Si se exige una subscripción razonable á los que tengan acceso á ellas, y si todo lo que ingrese por ese concepto se destina á aumentar las bibliotecas, los estudiantes no saldrán perdiendo en el arreglo. Nuestras bibliotecas serían mejores que cualquiera abierta al público en un punto del interior; y no sé por qué habíamos de negar á un joven oficial el placer de leer nuestro ejemplar de la *Vida de Johnson* por Boswell ó de las *Memorias* de Marmontel, si él estaba dispuesto á pagar unas cuantas rupias por el privilegio.»

Esas manifestaciones de alta ilustración ó de sentido natural se expresan á veces en frases casi tan festivas, aunque no tan características, como las que Federico el Grande solía escribir al margen de los informes y despachos para ilustración de sus secretarios.

«Nosotros pecamos algo de indulgentes con los caprichos de las personas que nos sirven. Pagamos una cantidad crecida para enviar un maestro á un punto distante. A él no le gusta el sitio; el recaudador es grosero; el médico riñe con él; y hay que trasladarle y sufragar los gastos del viaje. Se necesita mandar otro

hombre, sacándole de un sitio donde se encuentra bien y es útil. Nuestros maestros andan corriendo de un punto á otro de la costa, como esas ladies enfermas que van en nuestro país de baños en baños. Todas las situaciones tienen sus contras, y todos deseáramos en ciertos momentos que nos hubiese cabido en suerte otro género ú otra escena de vida.»

Con respecto al escudo que se proyectó poner en el colegio de Hugly, decía:

«No veo por qué han de introducirse las mojigangas de la heráldica europea en ninguna parte del régimen indio. La heráldica no es una ciencia que tenga reglas eternas. Es un sistema de cánones arbitrarios, nacidos del puro capricho. Nada más absurdo y extravagante que los escudos de armas en sí mismos. Ciertos recuerdos, ciertas asociaciones los hacen interesantes en muchos casos para un inglés; pero los indígenas de la India no participan de esos recuerdos y de esas asociaciones. Un león rampante, con un infolio en las garras, con un hombre á cada lado, con un telescopio sobre su cabeza y con una sentencia persa á sus pies, debe parecerles una cosa muy misteriosa ó muy absurda.»

En una discusión sobre la conveniencia de imprimir algunos libros de ciencia oriental, escribe Macaulay:

«Sentiría decir nada irreverente del generoso entusiasmo por la literatura oriental que aparece en el dictamen de Mr. Sutherland; pero no puedo creer que, en la distribución de la suma concedida por el gobierno para los fines de la educación, debamos dejarnos guiar por consideraciones que parecen un tanto románticas. Que los árabes cultivasen hace mil años la ciencia matemática no es, á mi ver, una razón para que gastemos ningún dinero en traducir al árabe tra-

tados ingleses sobre matemáticas. A Mr. Sutherland le parecería probablemente muy extraño que nosotros citásemos la destrucción de la biblioteca alejandrina como una razón contra el fomento de la literatura árabe en el siglo XIX. La empresa, en opinión de Mr. Sutherland, puede ser una gran obra nacional. También lo es el rompeolas de Madrás. Pero, dentro de las órdenes que hemos recibido del gobierno, tan poco procedente es pensar en la una como en la otra.»

Algún que otro golpe asestado al colegio de Hugly hiere más en lo vivo. Dar dinero á hombres de treinta años para que continúen su educación en la edad moderna «me parece absurdo. Se ha pagado á Moghal Jan para que aprenda algo durante doce años. Nos dicen que es negado y perezoso; pero hay esperanzas de que con cuatro años más completará sus estudios. Bastantes escolares negados y perezosos de treinta años hemos tenido ya».

«Debo confesar francamente que no me agrada la lista de libros. Los manuales de retórica y de lógica son de lo más inútil de una biblioteca. Dad á los muchachos el *Robinson*. Vale por todos los manuales de retórica y de lógica del mundo. Debemos facilitar libros que aficionen á los niños á la literatura de Occidente, no libros llenos de distinciones y definiciones ociosas, que se apresura á olvidar todo el que las aprende. ¿Quién discurrió jamás mejor por haber aprendido la diferencia que existe entre un silogismo y un entimema? ¿Quién compuso jamás con más talento y elegancia porque supiese definir un oximorón ó un aposiopesi? No hablo en broma, sino muy en serio, al decir que yo encargaría para nuestras escuelas cien ejemplares de *Juanillo, el Terror de los*

*Gigantes*, mucho mejor que cien ejemplares de ningún manual de retórica ó de lógica.»

«Las *Historias de Grecia y Roma* de Goldsmith son pobres engendros, y yo no aprobaría de ningún modo que se gastasen en ellas 50 libras, aun después de todas las mejoras de Mr. Pinnock. Debo decir también que estimo excesivo en demasía el pedido de globos y otros artículos de material. Gastar de golpe 324 libras sólo en globos, aun reconociendo que son una cosa útil, me parece excesivo lujo, cuando sólo disponemos de 3.000 libras anuales para todos los fines de la educación inglesa. Un globo de 12 á 18 pulgadas para cada escuela es muy bastante; y no me parece que necesitamos pedir diez y seis cuando vamos á crear sólo siete escuelas. Aunque indudablemente útiles los telescopios, los teodolitos y demás instrumentos científicos que se mencionan, debe pensarse que cuatro ó cinco instrumentos de esos se nos llevan la dotación anual de un maestro de escuela, y que, si los compramos, será menester aplazar la fundación de escuelas.»

En un colegio de Calcuta el reparto de premios fué acompañado de algunas funciones teatrales, representadas por los discípulos.

«No soy partidario de tales ceremonias (escribe Macaulay). Para mí es muy discutible si, aun en nuestra patria, deben formar parte del sistema de un centro de educación las declamaciones y funciones públicas. Pero en este país especialmente están fuera de su lugar tales exhibiciones. Yo no concibo nada más ridículo que la representación del *Mercader de Venecia*, desempeñando el papel de Porcia un negrito. Además, las materias de recitación estaban mal elegidas. Tratamos de elevar á una vasta nación al conocimiento de la literatura más rica y esclarecida del

mundo. Se congrega la sociedad de Calcuta para ver los progresos que hacemos; y presentamos como ejemplo un muchacho que repite alguna chocarrería de Jorge Colman sobre un comadrón, á quien sacó de la cama un borracho á las altas horas de la noche. Nuestro discípulo hipea, hace eses y da traspiés, tratando de imitar á los marineros ingleses borrachos que ha visto en los despachos de bebidas. Realmente, si no encontramos nada más digno de recitarse que esas chocarrerías, sería mejor renunciar en absoluto á la instrucción inglesa.»

«No me satisface mucho más la lista de los libros de premio. Es absolutamente incomprensible para mí por qué han de escogerse como libros de premio, de entre toda la masa de la poesía inglesa, las obras de Pope y *Lalla Rookh* de mi antiguo amigo Moore. Voy á trazar, *corrente calamo*, una lista mejor. *Ensayos* de Bacon, *Inglaterra* de Hume, *Roma* de Gibbon, *Carlos V* de Robertson, *Escocia* de Robertson, *América* de Robertson, *Gulliver* de Swift, *Robinson Crusoe*, obras de Shakespeare, *Paraiso Perdido*, poemas menores de Milton, las *Mil y una Noches*, *Viajes* de Park, *Viaje* de Anson, *Vicario de Wakefield*, *Vidas* de Johnson, *Gil Blas*, *Carlos XII* de Voltaire, *Nelson* de Southey, *Vida de Cicerón* de Middleton

«Sirva esto de ejemplo. Esos son libros que entretendrán é interesarán á los que los obtengan. Dar á un muchacho las *Facultades intelectuales* de Abercrombie, el *Perfeccionamiento moral* de Dick, la *Filosofía intelectual* de Young, la *Economía poética!!!* de Chalmers (y permítaseme preguntar de pasada qué quiere decir eso), es completamente absurdo. Yo no pediría á trochemoche libros de que no sabemos nada. No tenemos necesidad ninguna de pedir á tontas y á